

¡PILICA!



RECUERDOS DE ZARAGOZA

Visitando el templo que la fe española y la lealtad aragonesa levantó á las orillas del Ebro, escuché el nombre que estas líneas encabeza; pronunciólo arrogante pareja que de las plantas de la virgen se alzó una vez unidos sus destinos en el mundo, y esa sola palabra reveladora fué para mí de cuanto la imagen significa para los habitantes de Aragón.

Qué decir de la virgen de Zaragoza que ya no se haya dicho? qué pensar ante ella que no se haya pensado? cómo expresarlo si el lenguaje humano es pobre ante la grandeza de la idea? lo que es el Pilar, lo que ha significado, lo que significará siempre para España, plumas más brillantes que la mía lo han escrito, algunas en estrofas inmortales.

La historia del Pilar es la historia de la patria; nace con el año 41 en los yermos regados por el Ebro; es el estandarte de San Juan de la Peña y Alfonso I, el que ondeó en los muros de Galípoli, de Granada y de Palermo, el tremolado en Lepanto y Argel, el que siempre acompañó á corazones españoles en cuantas empresas acometieron; el que defendió las libertades aragonesas, el que, finalmente, detuvo ante las débiles tapias de la ciudad, meses y meses al invicto cargador de Montebello marchitando á las tropas extranjeras los laureles de Pirámides y Marengo, Arcole y Eylan.

Esto y mucho más para España significa la imagen de Aragón; pero pard Guipúzcoa encierra algún recuerdo especial, que este pequeño solar guipuzcoano historia tan grande encierra, que no hay hecho grande ó pequeño en la historia hispana que no se halle enlazado con la de esta provincia.

En 1609 en los astilleros de Lezo, siendo superintendente de ellos D. Domingo de Idiaquez, se construyó el navío «Nuestra Señora del Pilar», capitana que fué de la escuadra española del mar Océano, uno de los mayores de su tiempo, pues desplazaba 1.200 toneladas y cuyo

fin fué el caer bravamente en el fondo de los mares, con ese triste final á que parece abocada la marina española y no por culpa de los valientes que, comprendiendo su destino, no vacilan un momento en sacrificar sus vidas en aras de la patria; es el único consuelo que nos queda, saber que nuestros marineros saben morir, pero ¿no sería mejor darles los medios para poder vencer?

Doscientos años después, en 1809, en los días en que Zaragoza se immortalizaba en la historia, uno de los hijos ilustres de Guipúzcoa unía su nombre al de los defensores de la invicta ciudad.

Llegaron los momentos en que la defensa de Zaragoza se hizo imposible, su heroico defensor cayó en cama y tuvo que resignar el mando en una Junta que, atendiendo las circunstancias, vista la imposibilidad de sostenerse, agotado todo, acordaron la rendición de Zaragoza.

Entre aquellos beneméritos ciudadanos eran vascongados D. Juan Iñurriagarro, D. Miguel de Goicoechea, D. Manuel Irañeta y el fiscal de lo civil de aquella Audiencia D. José Antonio Larrumbide uno de los que más se distinguieron en el sitio, y que posteriormente formó parte del Consejo de Castilla, y fué agente en corte de la provincia.

He aquí por donde Guipúzcoa comparte en algo los laureles de Warsage y Renovales en las defensas de la capital de Aragón.

Fuera ya de la catedral do se venera la imagen de- la virgen, diríjame por el campo del Sepulcro á la estación del ferrocarril, y en ese instante llegaron á mis oídos, en extraña, confusión mezclados los ecos del Guernica y los acordes viriles de la jota; el himno de Guipúzcoa y los aires de Aragón, entonados en alegre reunión por euskaldunas é hijos de la tierra del Ebro y escuchados por garrida Pilar atenta á los acentos guerreros, viriles, imponderables del cantar de Iparraquirre, pero atraída y arrebatada ante los ecos amorosos, soñadores que las auras del Moncayo llevaban á sus oídos, entonadas por un *maño*

¡Pilarica, Pilarica,

Pilarica de mi alma!

fueron las frases que percibió mi oído, perdiéndose las demás en aquella confusión á medida que me alejaba de los muros de Zaragoza.

¡Era el 8 de Mayo de 1094!